Imprimir

(En la foto: las rosas del socialismo se han ajado, solo quedan las espinas…)

Hubo un tiempo en el que el corazón del pueblo, su grupo central, eran los trabajadores. Este grupo se expandió continuamente, gracias a las virtudes de la industrialización y la urbanización. Su organización como "movimiento obrero" también tendió a unificarlo gradualmente, instalándolo como una clase objetiva y subjetiva. El movimiento mismo se mezcló finalmente con las fluctuaciones de una amplia corriente de ideas: nació en el corazón de la Revolución francesa de 1789-1794; revivió con las tres revoluciones populares del siglo XIX (1830, 1848, 1871); alimentó las representaciones de una izquierda propiamente política. Un grupo central, un movimiento obrero, una izquierda claramente identificada …

El mito del "bloque" social, burgués o popular

La izquierda no se redujo a un conjunto de partidos políticos. Más bien, se presentó como un vasto complejo que asociaba, de manera conmovedora, lo social, lo político y lo simbólico. Hasta finales del siglo pasado, vinculaba la protesta, más o menos masiva, violenta y radical, a algo que nacía de la esperanza social, centrada en las nociones de igualdad y justicia. Se expresó en diferentes formas, la "Santa Igualdad" de los sans-culottes, la "República Democrática y Social" de los años 1848-1871 y, simplemente, la "Social" del movimiento obrero. Fue esta articulación de la crítica y un horizonte necesario y posible de ruptura lo que hizo posible que la indignación, incluso explosiva, pudiera escapar al surgimiento del resentimiento.Le debemos esta capacidad de modelar el sistema capitalista dominante que, desde los años treinta hasta los ochenta, impuso los ajustes regulatorios del "estado del bienestar".

Esta larga secuencia histórica está cerrada, al menos en su coherencia. La fase de relativa unificación en torno al referente trabajador ha dado paso a un fenómeno inverso de fragmentación de los grupos dominados. Como anunció el *Manifiesto* del *Partido Comunista* en 1848, el capitalismo se ha vuelto universal; pero no se simplificó al

globalizarse. Si la polaridad producida por la distribución desigual de los recursos sigue siendo la regla, atraviesa todos los territorios, todas las sociedades y todos los grupos que las componen. Así que hoy no hay un norte y un sur, un centro y una periferia, un pueblo y una élite. El "bloque" social, burgués o popular es un mito.

Unos movimientos sociales huérfanos de la política

Por su parte, la esperanza social se vio sacudida por las trágicas conmociones del siglo XX. El comunismo político ha sufrido el estancamiento de un modelo soviético, proactivo y estatista, que durante demasiado tiempo ha constituido una base importante de identificación. Las disidencias del movimiento comunista, encerradas en los recuerdos fantaseados del bolchevismo ruso, nunca han podido salir de la marginalidad. El tercermundismo, atrapado en las redes del neocolonialismo y sus sustitutos, no ha producido un modelo emancipatorio alternativo. En cuanto al socialismo europeo, que durante mucho tiempo extrajo su miel del estado del bienestar, no consiguió relanzarse de forma sostenible tras el colapso de los equilibrios de poder a partir de 1945.

En resumen, la izquierda no ha podido reformular la base simbólica que la había sostenido durante al menos un siglo. En cuanto al movimiento obrero, que alcanzó su apogeo en mayo-junio de 1968 al mismo tiempo que su canto del cisne, nunca dejó de vacilar entre la renuncia y la nostalgia. De repente, si no ha desaparecido, ya no es capaz de colorear todo el descontento, el enfado y las expectativas, dentro de las empresas que emprenden caminos distintos a los del crecimiento industrial y urbano. Es cierto que este crecimiento tuvo al mismo tiempo sus dolores y sus tragedias, pero también sus esperanzas en un progreso continuo, llevado por la ciencia y el auge de las luchas de los dominados. Sin embargo, este optimismo ya no es necesario. Por tanto, hay mucho espacio para amarguras, incertidumbres y miedos.

El conflicto social sigue ahí; en este portal nos referimos a los análisis muy documentados de Alain Bertho. Extremadamente duro, a veces violento, se distingue sin embargo de las movilizaciones del pasado. La lucha puede tener una causa: el clima, el rechazo a la

discriminación racial o de género, la denuncia de la violencia de género. Puede ser más global y claramente interclasista, como el movimiento de los chalecos amarillos. En este último caso, el más claramente popular, el rechazo exacerbado de la exclusión social y el desprecio ha sido el impulsor más común del compromiso individual.

Pero, a diferencia de las movilizaciones del movimiento obrero, las de la actualidad no encuentran el coagulante simbólico que respaldaba la indignación con la expectativa de una lógica social más igualitaria y más atenta a la dignidad de cada individuo. Por falta del "principio de esperanza", tan querido por el filósofo alemán Ernst Bloch, y por falta de una identificación clara de la causa de los males sociales, la indignación lucha por unirse, se vuelve voluntariamente contra el chivo expiatorio y puede derivar en resentimiento de repliegue y exclusión. Sin que haya una manipulación directa y masiva, los conflictos más recientes se han deslizado así hacia un desarrollo político más favorable a la extrema derecha que a una izquierda de supuesta crítica social.

La extrema derecha ha impuesto su terreno

Desde esperanzas fugaces hasta desilusiones crueles, la izquierda ha perdido el control del debate de ideas. En poco tiempo, el espíritu de la época ha cambiado de bando. Todo comenzó en la década de 1970. Cuando el gran crecimiento de 1945-1975 se agotó, surgió una crisis en las democracias occidentales, acusadas de no poder hacer frente a la creciente masa de demandas sociales, impulsadas por las sociedades de masas y de consumo. Bajo los auspicios de un club mundial muy elitista: la Comisión Trilateral [1], en 1975 comenzó a surgir la noción de "gobernanza", tomada del mundo de la gran empresa privada. Dado que la democracia adolece de una grave falta de autoridad que la hace "ingobernable", sólo la regulación por "méritos" podría evitar el riesgo de explosión social y encontrar los caminos hacia la eficiencia. La lógica tecnocrática del sabio debe primar sobre los frágiles equilibrios de los representantes.

Casi al mismo tiempo, surgió otra visión del lado de la extrema derecha francesa. Uno de los primeros exponentes, Alain de Benoist, filósofo pionero de la "Nueva Derecha", teorizá la

hipótesis según la cual, después de dos siglos dominados por el tema de la igualdad, el siglo XXI debería ser testigo de la expansión irresistible de un deseo de identidad [2]. La Trilateral y la Nueva Derecha tienen una cosa en común: la certeza de que las desigualdades en el acceso a bienes, conocimientos y poderes y las consiguientes distinciones en la función que se derivan de ellos son la condición de cualquier progresión social. Quedaba por encontrar la coyuntura que pudiera unirlos por completo. Se realiza en la encrucijada de los dos siglos.

Una vez desmantelado el sistema soviético europeo, cuando parece pesar más la idea de que el liberalismo ha triunfado sobre el comunismo, el mismo Samuel Huntington que "inventó" en 1975 la gobernanza, impone en la década de 1990 el concepto de "choque de civilizaciones". Sugiere que toda la historia gira ahora alrededor de la confrontación de un Occidente rico, pero en declive demográfico, y un Islam que no tiene los atributos del poder, pero que tiene de su lado el impulso demográfico y el atractivo de su doctrina. Un poco más tarde, en 2004, explicará que la paz civil estadounidense se ve amenazada por el surgimiento de minorías, en particular hispanohablantes, que vienen a trastocar la hegemonía histórica del núcleo fundador, blanco y anglófono [3].. El choque de civilizaciones habría primado sobre la lucha de clases, los conflictos entre imperialismos y la guerra fría ...

Después del 11 de septiembre de 2001, el "choque" se convierte en "estado de guerra", que justifica "la guerra global contra el terror" y autoriza el uso del "estado de emergencia". Al globalizarse, la guerra se convierte más que nunca en la norma y plantea la *"obligación internacional de proteger"* (ONU, diciembre de 2004). En 1977, Alain de Benoist desafió el *"angelismo"* y escribió que *"las identidades pueden chocar entre sí"* . Añadió que *"es perfectamente normal defender la propia pertenencia"* . Con el amanecer del siglo XXI, una nueva *doxa* está así firmemente establecida, lo que solo prolonga la intuición de la extrema derecha: Occidente se debilita porque las fuerzas expansivas erosionan su identidad; puede morir, porque ya no sabe lo que es y porque otros actúan para que ya no sea lo que era.

Si bien la seguridad redistributiva fue la bandera del estado regulador del boom de la posguerra, la inseguridad y la necesidad de protección son factores de máxima legitimidad para un estado que dice ser "austero". Un sentimiento cubre los miedos: "ya no estamos en

casa” y “nuestra identidad está amenazada”. El Islam es el nuevo enemigo principal y su vector más poderoso son los movimientos migratorios. En el pasado, la gente temía los efectos de la migración en la masa salarial y en el empleo. En adelante, el nuevo apocalipsis se centra en el “gran reemplazo”, inevitable si no llega un renacimiento nacional y proteccionista para detenerlo.

La izquierda ha perdido la batalla de las ideas

Afirmar su poder contra todos los demás, proteger su identidad, garantizar su seguridad: la trilogía del miedo ahora gobierna el debate de ideas. El problema es que la izquierda ha capitulado en general. Pudo hacerlo, por defecto, al explicar que el verdadero debate estaba en el lado “social”. También lo hizo en nombre del postulado de que no debemos dejar el terreno a la derecha y a la extrema derecha.

Sin embargo, la inversión de espacios por parte de la izquierda a menudo se ha realizado sometiéndose a estándares predefinidos. El primer revés se produjo con la tentación de la seguridad. Entre 1997 (Assises de Villepinte) y 2002 (ley de seguridad cotidiana), el Partido Socialista comenzó a garantizar que la *“laxitud”* y el *“angelismo”* eran legados obsoletos de la izquierda. Posteriormente, en noviembre de 2014 y nuevamente en 2015, una mayoría parlamentaria de izquierda decidió *“fortalecer las disposiciones relativas a la lucha contra el terrorismo”* y ampliar los procedimientos para escuchar y controlar a las personas a una escala sin precedentes. Con el tiempo, sin que toda la izquierda se diese cuenta y se rebelase, se da el largo desarrollo judicial y policial que, en un siglo, dió el paso del criminal “responsable” al criminal “nato”, luego al “criminal potencial”, que debe ser detectado e investigado antes de que actue. Individuos, territorios, poblaciones en riesgo, que rastreamos, controlamos, segregamos y aislamos … De la misma manera que la nación de los años 1880-1914 quedó empantanada en el nacionalismo belicista más tosco, la seguridad se ha transformado en el magma de una seguridad globalizada y teorizada. Y, como en 1914, ante el delirio del fanatismo nacionalista, la izquierda en su conjunto no ha podido o sabido resistir.

Parte de la izquierda también ha capitulado en la cuestión de la identidad. En 2014, Christophe Guilluy [4] opone a la "Francia metropolitana" en su conjunto la "periferia". Agrega que los gobernantes cometieron el error de centrar sus esfuerzos en los "barrios" de las metrópolis – con una alta concentración de inmigrantes – en detrimento de los "nativos" de la Francia periférica. En 2015, Laurent Bouvet [5] ciertamente advierte contra la "trampa de la identidad", pero responsabiliza a las "minorías" que, al insistir en la "diversidad" y rechazar la "integración", agitan las tensiones identitarias de la "mayoría". La invisibilidad de los discriminados se convertiría así en la clave de cualquier paz social futura, como lo fue antes el confinamiento de las "clases peligrosas" y la invisibilidad de los trabajadores en la ciudad industrial en expansión.

Esta voluntad de retorno al "mundo que hemos perdido" [6], alimentado por los desórdenes de la "globalización" capitalista, empuja a algunos a oponer las virtudes de la inmovilidad y el sedentarismo aldeano del pasado al "flujo continuo" del presente. Llevando muy lejos la metáfora de la "aldea", en nombre de una crítica radical de la idea de progreso, el filósofo Jean-Claude Michéa desafía la movilidad y la modernidad del capitalismo de mercado y las "élites", ensalzando la virtudes clásicas de la decencia y la tradición, presentadas como atributos populares primordiales [7] .

De la hipótesis teórica a la práctica política, el camino es cada vez más corto. Así como el enrarecimiento intelectual de un Alain Finkielkraut preparó la radicalización de la derecha clásica, grupos de intelectuales de izquierda han alimentado la inflexión a la derecha de muchos discursos de la izquierda oficial. A su llegada, un extraño *continuo se* apodera del debate público, que vincula una ultraderecha conquistadora, una derecha desorientada y parte de la izquierda, aunque sea "radical", en busca del "pueblo" que la ha abandonado. Se convoca a la República para deslegitimar las luchas contra la discriminación, se elogia al laicismo por elogiar la uniformidad de creencias y costumbres, se utiliza el universalismo para abogar por la integración pura y simple de las "minorías" en el molde de la "mayoría". En cuanto a la inmigración, casi siempre es un riesgo, que debe canalizarse cuando no se trata de detenerlo. Ha llegado el momento de este "confusionismo" que felizmente disecciona el sociólogo Philippe Corcuff [8].

Pensamientos cautelosos sobre un futuro

1. En 2017, la izquierda entró en sus horas bajas, tanto en las elecciones presidenciales como legislativas. A lo largo de las elecciones, desde 1981, ha perdido la base sociológica que había sido su fuerza en las décadas anteriores. Los trabajadores y empleados votaron principalmente por la izquierda en 1981; en abril de 2017, del 70 al 75% de los trabajadores que votan lo hacen por la extrema derecha y menos de un tercio a la izquierda. De repente, en el otoño de 2021, las encuestas encierran a la izquierda en un rango modesto de un cuarto a menos de un tercio de las intenciones de voto.

2. Contrariamente a observaciones demasiado simples, no es que la sociedad se haya vuelto masivamente de derechas. En muchos sentidos, la sociedad no es ni de derecha ni de izquierda. Distribuye representaciones y comportamientos sobre una pluralidad de ejes posibles: aceptación o rechazo del orden social, pertenencia de clase, alta o baja, confianza o desconfianza, apertura o cierre, etc. En el espacio político, es el cara a cara de derecha e izquierda, en torno a la pareja de igualdad y libertad, la que ordena la dinámica de los conflictos. Hoy, el dualismo está en disputa; no obstante, sigue siendo el determinante más fuerte de votar y no votar. Por lo tanto, está claro que, si tanto la izquierda como la derecha han perdido su significado, la izquierda es la que más se ha debilitado. A los ojos de muchos de sus seguidores, ha perdido su orientación a lo largo de las décadas, confundiendo con demasiada frecuencia lealtad e inmovilidad y movilidad y renuncia a sus valores. A lo largo de los años, las corrientes de izquierda han terminado por olvidar que la soberanía es solo la caricatura del deseo de soberanía, que el proteccionismo acaba por contradecir la preocupación por la protección y que la tensión identitaria es el peor enemigo de la libre elección de pertenencias.

El comunismo francés, que marcó la pauta durante mucho tiempo, se debilitó y luego se marginó. El PS de Mitterrand asumió el poder por un tiempo, pero se agotó en los puntos de inflexión de 1982-1984, y después en los callejones sin salida europeos del social-liberalismo. La “Francia insumisa” asumió los ropajes del socio-comunismo de ayer en 2017, pero no entendió las motivaciones del voto de Mélenchon y erosionó las virtudes unificadoras

de su campaña presidencial. En cuanto a los ecologistas, en principio dopados por el aumento de las ansiedades climáticas, no han logrado salir, desde mediados de los años ochenta, del equilibrio entre realismo y ruptura.

3. A largo plazo, las grandes representaciones del mundo y de las sociedades estructuran más o menos las familias políticas. Hoy, el poder vigente y la extrema derecha se basan en una coherencia legible. Por un lado, un proyecto económicamente liberal, autoritario y abierto al exterior (Europa, el mundo); por otro lado, un proyecto que es a la vez "antiliberal", proteccionista y excluyente. La novedad es que la aparición de Eric Zemmour trastoca la encarnación del segundo proyecto, hasta entonces confiado a la personalidad de Marine Le Pen.

Sin embargo, no es seguro que la izquierda dispersa y la derecha parlamentaria dividida entre el macronismo y la extrema derecha puedan beneficiarse de la intrusión. En la izquierda, en todo caso, la dispersión y exacerbación de la competencia son sólo síntomas de una falta de proyectos.

4. Sin embargo, ni la acumulación de propuestas ni siquiera su agrupación en programas pueden sustituir un proyecto que de sentido. Sólo una narrativa coherente puede devolver a la izquierda su poder de atracción, al vincular un objetivo, un método y el complejo proceso político que las hace vivir a largo plazo. Por tanto, no basta con reivindicar el inevitable "cambio de paradigma" en torno al cual todo debería reorganizarse. La sociedad es un todo y ninguna ruptura, ya sea social o civilizatoria, deriva de la acción sobre un solo eslabón, aunque esté marcado por el signo de la urgencia, ecológica o social.

Ningún proyecto subversivo y realista puede prescindir de razonar continuamente en términos de procesos y contradicciones. Nada cambia sin la movilización concreta e inmediata de los individuos; pero esta movilización es frágil si permanece constreñida por las lógicas que gobiernan la distribución de activos, conocimientos y poderes. No hay cambio humanamente sostenible si la acumulación depredadora de bienes siempre tiene prioridad sobre el desarrollo sobrio de las capacidades humanas. Pero ningún cambio profundo y

duradero es concebible sin una mayoría que lo quiera y lo dirija, y ninguna mayoría es posible sin un trabajo a largo plazo para construirla y mantenerla. En resumen, no se puede esperar mejorar las cosas sin una ruptura tangible e inmediatamente perceptible; pero de nada sirve evocar la ruptura sin el largo plazo de su construcción colectiva. Las contradicciones sociales no se pueden negar: se aceptan. Es tarea del proyecto poner en escena esta ambición.

5. Una estrategia de cambio radical no se basa en improbables agrupaciones de izquierda ni en la constitución de bloques sociales ilusorios. Supone reunir a una mayoría de dominados, en torno a un objetivo coherente que sirva de eje para la construcción de un polo cuya palabra clave es “emancipación”. Políticamente, se trata de articular de una manera nueva la aglomeración del “pueblo”, la de la izquierda y la promoción de una izquierda de verdad a la izquierda. No hay necesidad de soñar con volver a un pasado fantaseado. El mundo y la sociedad siguen regidos por la lógica del despojo, pero ya no son lo que eran. La desigualdad ya no se puede analizar sin la discriminación que la modela y la legitima. La agrupación no se deriva de la mera yuxtaposición de comunidades, el recurso a un universalismo abstracto o la confusión mantenida entre público y Estado. Podemos rechazar la globalización y pretender ser globales, no dar la espalda a la nación y desconfiar de la soberanía. Ya no se trata de un equilibrio perpetuo entre lo individual y lo colectivo, sino de repensar radicalmente sus contornos y articulación.

La izquierda histórica acabó reconciliando la República y la clase obrera. Pudo hacer esto conectando la dinámica social, la construcción política y el trabajo intelectual y cultural. Sin embargo, la historia ha disociado estos campos, por buenas y menos buenas razones. Entender qué ha deshecho los vínculos e imaginar qué puede volver a tejerlos es, pues, tan estratégico como encontrar un lenguaje común en el campo de los partidos. Esto no está regulado por la inflación de nuevas palabras (la “interseccionalidad” es una de ellas) ni por el ensamblaje de mecánicas aprendidas.

En definitiva, si tratar de unir a la izquierda sigue siendo un objetivo necesario, es inútil subestimar las gruesas contradicciones que ello implica afrontar. Tratar de hacerlo lo más

rápido posible es una idea razonable. pero es igualmente relevante medir lo que esto implica en términos de paciencia, tolerancia y deseo de innovación radical. El futuro de la izquierda depende sobre todo de su refundación, intelectual, simbólica, práctica y organizativa. Esa debería ser el punto de partida, no la auto-proclamación.

Notas

[1] Es un think tank internacional de la década de 1970. De inspiración estadounidense, reúne a líderes políticos, empresarios e intelectuales: del lado francés, Raymond Barre, Roland Dumas, Jacques Delors, Alain Poher y Jacques Chirac participarán en es trabajo. En 1975, la Trilateral publicó un notable informe titulado *La crisis de la democracia,* escrito por tres renombrados académicos: el francés Michel Crozier, el japonés Joji Watanuki y el estadounidense Samuel Huntington.
[2] Alain de Benoist, *Visto desde la derecha. Antología Crítica de Ideas Contemporáneas* , Copérnico, 1977 (en 1978, la Academia Francesa le otorgó el Gran Premio por el ensayo)
[3] Samuel Huntington, *Le schock des civilizations* , Odile Jacob, 1997. Del mismo modo, *¿Quiénes somos? Identidad nacional y choque cultural* , Odile Jacob, 2004.
[4] *Francia periférica: cómo sacrificamos las clases populares* , Flammarion, 2014
[5] *Inseguridad cultural* , Fayard, 2015.
[6] Jean-François Sirinelli, *Este mundo que hemos perdido. Una historia de convivencia* , Tallandier, 2021
[7] Jean-Claude Michéa, *Los misterios de la izquierda: del ideal de la Ilustración al triunfo del capitalismo absoluto* , Climats, 2013
[8] Philippe Corcuff, *La Grande Confusion. Cómo gana la extrema derecha la batalla de las ideas* , Textuel, 2021
Roger Martelli, historiador. Antiguo dirigente del PCF, actualmente co-preside la Fundación Copernico y es co-director de la revista Regards
Fuente: https://sinpermiso.info/textos/francia-la-izquierda-en-busca-de-sentido
Foto tomada de: https://sinpermiso.info/textos/francia-la-izquierda-en-busca-de-sentido